

A vueltas con el periodismo literario

Mailer elabora una novela coral en permanente equilibrio entre la causticidad humorística y la rigurosa disertación política

CRÍTICA
MARÍA TERESA LEZCANO



LOS EJÉRCITOS DE LA NOCHE

Autor: Norman Mailer.
Editorial: Anagrama.
Páginas: 336.
Precio: 9,40 euros.

Considerado, junto con su compatriota Truman Capote, como el gran innovador del periodismo literario, Norman Mailer (1923-2007) fue, además de novelista, ensayista, dramaturgo, reportero, cineasta, actor y activista político, una reconocida fuente de inspiración para Jim Morrison, cuyas múltiples lecturas de 'Los ejércitos de la noche' serían la fuente en la que abrevó numerosas canciones de The Doors.

'Los ejércitos de la noche', obra que obtuvo tanto el Premio Pulitzer como el Premio Nacional de Novela de los Estados Unidos, disecciona el año 1967 para relatar la multitudinaria marcha hacia el Pentágono destinada a protestar contra la participación del ejército norteamericano en la Guerra de Vietnam; manifestación que sería disuelta con una considerable carga de violencia y que Mailer entreteje de

periodismo y literatura para elaborar una novela coral en permanente equilibrio entre la causticidad humorística y la rigurosa disertación política. Con el objetivo de conseguir sus propósitos narrativos, Mailer se desdobra para ser alternativamente testigo en primera persona y personaje cuya distanciada tercera persona le permite al escritor toda suerte de licencias oscilatorias entre la sátira generalizada y la auto burla directamente rescatada de un titular de la revista Time —«Cuando la escena se desplazó al pentágono, Mailer se había envalentado lo bastante como para hacerse detener por dos altos funcionarios policiales. 'He traspasado un cordón de la policía', explicó con cierto orgullo camino del calabozo, donde la bondad de los retretes deja mucho que desear y los tazones de café son pobres en octanos» y reubicada en modo de realidad ligeramente ficcionada —«Cierta día de principios de septiembre, en 1967, el año de la primera marcha sobre el Pentágono, el teléfono sonó por la mañana y Norman Mailer, siguiendo su principio de los juegos tácticos de guerra y del juego de azar, descolgó el auricular. Aquel gesto no era habitual en él»—.

A medida que van avanzando sus ejércitos nocturnos, Mailer se asegura de no ser malinterpretado en cuestión de género y de estilo —«la novela debe reemplazar a la historia en ese punto en que la experiencia es lo bastante emocional, espiritual, psíquica, moral, existencial o sobrenatural como para que el historiador, al perseguir tal experiencia, se vea obligado a abandonar los límites precisos de la investigación histórica»—, mientras va analizando todo lo que observa y observando todo lo que analiza, en un ejercicio especular que no sólo refracta las personalidades de quienes van formando parte de la coralidad narrativa —«De Grazia era un siciliano delgado y elegante con una sutil timidez en sus modos, increíblemente vacilante, casi tartamudo, pero era un siciliano y de alguna forma inspiraba la confortante sensación de saber dónde residía la información que a cada momento uno podía necesitar»— sino asimismo de sus propias características reevaluadas y, si se terciara, sarcásticamente devaluadas, por el prisma del narrador omnisciente —«Pero la mente de Mailer no carecía de cierta complejidad. Del mismo modo que la generación siguiente habría de agujerarse el cerebro con anfetaminas, él había dado a su cabeza la textura de un buen queso gruyere. Años atrás había sometido su firmamento intelectual a todo tipo de erosiones al consumir dosis moderadamente promiscuas de whisky, marihuana, seconal y benzedrina. Ello le había producido la ilusión de ser un genio, tal como una década después habría de verse a sí misma toda una generación de niños en sus celestiales viajes de ISD»—.

Novela apta para lectores de un grado de exigencia de 7,4 en la escala de Valente (del 0 al 9, aquí y en Washington).